

ORACIÓN

Señor Jesús:

Suscita en nuestros corazones una profunda sed del agua viva que eres Tú: calma y sacia nuestra sed. Haz que nos desengañemos de toda otra agua que no sacia el corazón humano.

Despierta en cada uno de nosotros lo mejor que anida en lo más hondo de nosotros, como en la samaritana.

Y concédenos adorarte a Ti y a tu Padre “en espíritu y en verdad” en todas las cosas.

TEXTO

LUCAS 8,4-25

«⁴Pero, reuniéndose **mucha muchedumbre** y acudiendo a **él** de cada ciudad, dijo en parábola: ⁵“Salió el sembrador a sembrar su semilla.

Y, al sembrarla, una parte cayó junto al camino y fue pisoteada, y los pájaros del cielo se la comieron.

⁶Y otra parte cayó en la roca y, habiendo brotado, se secó por no tener humedad.

⁷Y otra parte cayó en medio de los espinos y, al crecer los espinos, la ahogaron.

⁸Y otra parte cayó en la tierra buena y, habiendo brotado, **hizo fruto** al cien por uno”.

Dicho esto, exclamaba: “El que tenga oídos para oír, que oiga”.

⁹Pero **sus discípulos le** preguntaban qué significaba esta parábola.

¹⁰Pero **él** dijo: “A vosotros **se ha dado** conocer los misterios del **reino de Dios**; pero a los demás en parábolas para que viendo no vean y oyendo no comprendan.

¹¹Esta parábola significa: **La semilla es la palabra de Dios**.

¹²Pero los de junto al camino son los que, habiendo oído, luego viene el diablo y quita **la palabra** de su corazón, para que, al no creer, no se salven.

¹³Pero los de en las rocas [son] los que acogen **la palabra** con alegría cuando la oyen; pero estos no tienen raíz, creen un tiempo y fallan en tiempo de tentación.

¹⁴Pero lo que cae a los espinos, estos son los que, habiendo oído y andando [la vida], son ahogados por preocupaciones y riqueza y placeres de la vida, y no llegan a la madurez perfecta.

¹⁵Pero lo de en la tierra buena, estos son quienes, habiendo oído la palabra en un corazón hermoso y bueno, la conservan y **dan fruto** a base de perseverancia.

¹⁶Pero nadie, habiendo encendido una lámpara, la cubre con una vasija o la pone bajo una cama, sino que la pone en un lampadario para que los que entran vean la luz. ¹⁷Porque no hay nada oculto que no se haga visible, ni secreto que no sea conocido y salga a la luz.

¹⁸Así que mirad cómo oís. Porque al que tenga **le será dado**; y al que no tenga, también lo que cree tener, le será arrebatado de él”.

¹⁹Pero llegaron hasta **él su madre y sus hermanos** pero no lograban llegar hasta **él** por causa de **la muchedumbre**.

²⁰Pero **le** avisaron: “**Tu madre y tus hermanos** están ahí fuera y quieren verte”.

²¹Pero **él**, respondiendo, les dijo: “**Mi madre y mis hermanos** son los que oyen la palabra de Dios y la hacen”.

²² Pero sucedió uno de aquellos días que **él** subió a una barca con **sus discípulos** y les dijo: “Pasemos hasta la otra orilla del lago”.

Y zarparon.

²³ Pero, al navegar, se durmió. Y se desencadenó una tormenta de viento sobre el lago, y se llenaba [la barca] de agua y corrían peligro.

²⁴ Pero, acercándose, le despertaron diciendo: “Jefe, jefe, que perecemos”.

Él, despierto, abroncó al viento y al oleaje, y se sosegaron y se hizo una calma serena.

²⁵ Pero les dijo: “¿Dónde [está] **vuestra fe**?”.

Pero, llenos de miedo, se asombraron, diciéndose unos a otros: “Entonces, ¿**quién es este**, que da órdenes incluso a los vientos y al agua, y le obedecen?”».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (8,4-21)

- Hasta el v. 21, Lucas se dedica al tema de la «palabra de Dios». La redacción vincula el episodio de la familia (vv. 19-21) estrechamente a la parábola del sembrador (vv. 4-15) y a las tres sentencias (vv. 16-18), para hacer de todo ello una sola gran perícopa.
En el v. 4, Lucas empieza poniendo en escena un modelo de comunicación que comentará luego el discurso de Jesús. El encuentro de Jesús con sus oyentes sigue actualizándose en el encuentro de los seres humanos con la palabra. Un encuentro lleno de esperanza, pero también peligroso. La gente se reúne, acuden desde todas las ciudades a Jesús. Él les habla recurriendo a una parábola. *La parábola no es la ilustración de una verdad*. Es un medio de comunicación y de persuasión por vía indirecta. De un modo metafórico, un emisor intenta entrar en diálogo: el estilo parábólico tiene que permitir al interlocutor no sentirse aludido y no atrincherarse en una actitud defensiva. A menudo surge la parábola cuando se ha bloqueado una situación y resulta ineficaz el lenguaje claro. Además, el lenguaje figurado de la parábola, siempre por sus referencias a la vida cotidiana o a la naturaleza circundante, y rico por sus connotaciones culturales, dice más, o por lo menos algo distinto, que el lenguaje doctrinal.
- *El comienzo decisivo (vv. 5a.9.11)*: Lucas pone el acento, no ya en el sembrador, sino en la semilla (v. 11). El evangelista no piensa tanto en la iniciativa de Jesús como en el movimiento de Dios en la expansión de su Palabra (Is 55), sobre todo en tiempos de la Iglesia. La metáfora de la semilla para señalar la palabra es corriente en la antigüedad, tanto en ámbito griego como judío.
- *Los incrédulos (vv. 5b.12)*: Una parte del grano cae a orillas del camino. Los transeúntes caminan sobre los granos y los pájaros los encuentran y se los comen. La explicación no corresponde exactamente a la comparación: los seres humanos («ellos») no se parecen ni al grano ni al suelo. La analogía se refiere al suceso. Hay personas que oyen la palabra («oír» tiene una importancia capital en la explicación), pero se presenta un adversario, como ocurre con los pájaros de la parábola. Lucas lo conoce bien: es el diablo, que roba la palabra. Lucas sitúa este suceso en el corazón humano, visitado primero por Dios y luego por el diablo. *Aquel da, este roba*. El objetivo del diablo es impedir la fe y la salvación, que provocarían su propia derrota.
- *Los débiles (vv. 6.13)*: En el segundo caso (v. 6), otros granos caen en suelo pedregoso. Lucas piensa, no en la inexperiencia del sembrador, sino en la formación irregular del suelo. Después de brotar, la semilla se seca por falta de agua. Lucas sustituye la deficiencia de lo sembrado (falta de raíces) por la deficiencia del suelo (demasiado seco): ¿lo hace por respeto a la palabra de Dios o por *deseo de interpelar* a quienes la reciben? «Sobre la piedra» designa a las personas que oyen la palabra y la reciben con gozo, mientras que el «no tienen raíces» quiere decir que solo creen de forma pasajera y sucumben cuando llega la tentación.

- *Los sofocados (vv. 7.14)*: La semilla cae entre espinos, crece al mismo tiempo que ellos y muere ahogada por esta vecindad amenazadora. También este grupo oyó la palabra, pero a lo largo de su existencia comparada con una carrera («marchando por el camino»), la frenan toda clase de peligros y acaban ahogándola. Lucas distingue aquí, como Marcos, tres peligros principales: 1. las preocupaciones egocéntricas (en la literatura de la Iglesia primitiva, los «afanes»); 2. la riqueza que Lucas ya ha presentado (6,24) y presentará más tarde (18,24) como un peligro para la salvación; 3. los placeres de la vida. Se tienen «afanes» cuando se tienen bienes y estos se ven amenazados, y «placeres» cuando se disfruta de cierta comodidad. Así pues, Lucas piensa, en el caso de los «sofocados», en los peligros de las riquezas, que no son solamente materiales.
- Este grupo empieza respondiendo positivamente a la invitación de Dios en su palabra («los que oyen»), pero luego reacciona negativamente a causa de estos tres pecados, de manera que la palabra no puede dar ningún fruto. Eso no conduce para nada a su madurez ni a su perfección («fin», «cumplimiento», contenido en el verbo *telesforeo*: «hacer llegar a una perfecta madurez»). Mientras que el primer grupo pierde sus posibilidades inmediatamente, el tercero va sucumbiendo poco a poco a una *tentación insidiosa*, particularmente en la época de Lucas: *la comodidad*. Y mientras que el segundo grupo cae de repente («en el momento de la tentación») después de un tiempo de euforia, el tercero va decayendo lentamente. Está en camino, pero *no alcanza nunca la meta* fijada por Dios. Raras veces se ha expresado Lucas de manera tan personal, pero tampoco ha sido nunca tan representativo de su época.
- *El éxito (vv. 8.15)*: Después de esta serie de ejemplos negativos, esperamos una conclusión feliz. El feliz acontecimiento alcanza al ser humano en su corazón, es decir, en donde es más auténtico. La Palabra, por fin, ha penetrado de verdad hasta el fondo del corazón. Lucas ha jugado aquí refinadamente con las preposiciones: *para* («a orillas de», v. 5), *epi* («sobre», v. 6), *en meso* («en medio de», v. 7), *eis* («hacia», v. 8a) y *en* («en», v. 15). El último suelo es la buena tierra, es decir, las personas que no solamente han oído, sino que han guardado la palabra y han dado fruto.
- Un rendimiento del ciento por uno es una cosecha milagrosa (v. 8). Ningún milagro se hace sin la acción de Dios, pero el evangelista se fija sobre todo en el lado humano (v. 15); por eso mismo le concede un lugar esencial a *la responsabilidad constante del ser humano* (*hypomonê* no significa «paciencia» en sentido pasivo, sino «perseverancia»). Piensa en la fidelidad («oír» y «guardar») y en la fecundidad («dar fruto»). Si la actitud que se condena con mayor severidad es el apego a lo que se posee (v. 14), es la adhesión indefectible a la palabra lo que más adecuadamente describe la vida cristiana.
- El añadido del v. 8b es una redundancia: se nos repite una y otra vez que es Jesús el que habla, el que eleva incluso la voz y el que invita a todos los que son capaces de oírle («quien tenga oídos para oír») a que le oigan y escuchen.
- *La división en Israel (vv. 9-10)*: La versión de Lucas trata de la interpretación de esta parábola particular (v. 9). Esto le da al texto (vv. 4-21) una coherencia mayor, pero crea una tensión entre las palabras del v. 9 y la respuesta de Jesús en el v. 10. Esta sentencia (v. 10) se refiere a la división del pueblo y refleja el lugar particular de los cristianos («vosotros») en el seno de Israel y, más tarde, entre los pueblos («los otros», «el resto»). La tradición bíblica permite a los primeros cristianos explicar el doloroso fracaso de su testimonio y superarlo mediante una fuerte autoafirmación de la comunidad. La Iglesia cristiana tiene que acordarse del don que Dios le ha hecho («se os ha dado»), a saber, la revelación de los secretos del Reino. Según esta tradición cristiana primitiva, los cristianos son los destinatarios de una revelación que desvela los misterios. La interpretación de las parábolas se desarrolló gracias a la fuerza oculta, pero eficaz, de Dios en el mundo. Lucas destaca, por un lado, la situación privilegiada de los cristianos («os» enfático) y, por otro, su actitud a la vez receptiva («se ha dado», pasiva) y activa («conocer») frente a la revelación. Frente a ellos, «los otros», «el resto», tiene algo de peyorativo. Su suerte es trágica, como repite Lucas hasta el final de Hechos (Hch 28,25-28), ya que ellos han oído y no han comprendido; han visto con sus ojos y no han captado el sentido. El contenido del mensaje ha quedado vacío y cerrado para ellos. Las parábolas siguen siendo, a sus oídos y a sus ojos, enigmas sin resolver.

- *La irradiación de la Palabra (vv. 16-18)*: En el v. 16, la sentencia es una sentencia sapiencial antitética: a la actitud insensata que nadie tomaría (v. 16a) se opone la actitud sensata (v. 16b). Es lógico que a nadie se le ocurra la idea de tapar una lámpara encendida. Pero ¿por qué ocultarla bajo un recipiente o bajo una cama? Se sugieren varias oposiciones: encender-apagar; mostrar-ocultar. Pero si la lámpara se pone bajo una vasija, la lámpara se apaga; si se pone bajo una cama, o mejor bajo un colchón, prende fuego a ese objeto. Pues bien, la lámpara debe cumplir su función sin apagarse y sin prender fuego: tiene que situarse en medio de estos dos extremos. Lucas había hablado de escuchar y de aceptar la palabra (vv. 14-15); ahora nos habla de su irradiación. Lucas recoge de Marcos la relación de la palabra con la luz, pero le da una intensidad mayor: la luz no nos ayuda solamente a ver la realidad, sino que es ella misma la realidad que hay que contemplar («para que vean la luz»). La luz del evangelio irradia en las tinieblas del mundo.

Si el v. 16 subraya la responsabilidad del que trae la luz, el v. 17 podría representar una necesidad *interior* y una autorrevelación de la luz. «Oculto» y «secreto» son una realidad que otro desvela desde fuera. Ese otro discreto debe ser traído también a plena luz: solo puede tratarse de Dios. Y, ¿qué es lo «oculto» y lo «secreto»? Aquí, como en Mateo, no se refieren más que a la intención divina y a sus designios secretos. Según el v. 10, la comunidad cristiana recibe los misterios del Reino en cuanto que se le revela la verdadera significación de esos misterios. Ese es el privilegio de los cristianos (v. 17).

En el v. 18a, Lucas conserva de Mc 4,23-24 la exhortación de vigilar para escuchar bien. La exhortación indica que el oír no es una actividad exterior, acústica, sino interior, una adhesión del corazón. Y en el v. 18b, también siguiendo a Marcos, Lucas añade el dicho sobre tener y perder. Su significación original sigue siendo oscura. ¿Constatación realista de la sabiduría, según la cual los ricos cada vez se hacen más ricos y los pobres cada vez más pobres? ¿O reflejo de una experiencia pedagógica o religiosa (el maestro transmite de buen grado su saber a quien quiera aprender)? Pero, particularmente en Lucas, se trata claramente de la relación con la palabra de Dios («porque»). Aquel que, gracias al testimonio cristiano, ha llegado a una relación viva con Dios se ve enriquecido ya en este mundo por el amor recíproco en la comunidad y luego, al final de los tiempos, en el gran banquete. Es y será «bienaventurado» (cf. 6,20-22, ahora; y 14,15, en el Reino). El castigo no consiste para Lucas en quitarle al endurecido «lo que tiene» (así en Mc), sino «lo que cree tener». Lucas piensa en personas religiosas que creen que disponen ante Dios de una especie de capital propio, con el que contar. Es una posesión ilusoria, dice Lucas, siguiendo las huellas de Pablo (Rm 4,1-2).

- *Las afinidades electivas (vv. 19-21)*: Lucas redondea su composición con un episódico sobre la verdadera familia, que Marcos (Mc 3,31-35) ponía *antes* de la parábola del sembrador. En una situación determinada (Jesús en contacto con la gente entusiasmada), un incidente (la llegada de la familia de Jesús) le da al maestro la mejor ocasión para brillar con una sentencia oportuna y espiritual. Lucas no recoge al pie de la letra la versión de Marcos, sino que remodela profundamente el estilo y recorta enérgicamente su final. Se suele ver aquí una *intención teológica*: suprimir la pregunta provocativa de Jesús y la oposición entre los de dentro y los de fuera, a fin de dejar bien a la familia de Jesús y hacerle sitio en el círculo de los creyentes. Del episodio lucano surge una nueva definición de familia: el *parentesco de elección* depende de la iniciativa divina así como de la disponibilidad («escuchando») y de la perseverancia («haciendo, poniendo en obra»). En forma narrativa, lo que aquí se esboza es la oposición entre la carne y el espíritu. Lucas compagina esta nueva noción de la familia con lo que había narrado en el evangelio de la infancia gracias a su noción de la fe. María no entrará en el círculo de los discípulos hasta después de pascua; no por causa de su maternidad, sino por su fe, tal como allí se nos describe (1,38; 2,19.51). La renovación de la familia, tan deseada entonces como hoy, comienza por la relación con Cristo, portador de la palabra divina.

SEGUNDA UNIDAD (8,22-25)

- Podemos observar tres polos en este relato: Jesús, los discípulos, la tempestad. Su interacción confiere su significado al relato. A lo largo de la travesía, *Jesús* adopta tres actitudes: consigo mismo (duerme), con los elementos (amenaza) y con los discípulos (pregunta). Los *elementos* pasan por tres fases: calmados al principio y al final, sufren en el medio una corta crisis. En cuanto a los *discípulos*, están simplemente presentes en la primera fase; en la segunda, actúan más (despiertan a Jesús y le suplican); mientras que en la tercera se nos refiere su actitud interior y sus palabras.

En el v. 22, Jesús («él», cristológico) se embarca para una travesía. Adrede no se habla de la tripulación, sino de compañeros de Jesús: según 8,1-3, debe tratarse de los doce y de las mujeres. El destino lo indica el mismo Jesús: la otra orilla (v. 22). Con el viaje colectivo (primera persona del plural, «atradesemos») y la travesía («hacia la otra orilla»), Lucas piensa en un viaje real, pero está también presente la comparación literaria entre la vida humana y una travesía peligrosa.

En el v. 23 aparecen dos peligros: Jesús duerme y se levanta la tempestad. El sueño de Jesús cumple varias funciones narrativas: expresa la confianza en sí mismo del héroe, prepara por contraste su intervención omnipotente y deja que la tempestad adquiera más fuerza. Pero este sueño ejerce también *una función teológica*: en el AT, la imagen del sueño designa la no-intervención de Dios que se echa en falta y su pretendida ausencia, así como hay tiempos en que el Señor Jesús «duerme» o en los que la Iglesia cree que está dormido. Después de pascua, a la Iglesia le cuesta captar su presencia y la compara con el sueño, que es a la vez presencia y ausencia. Nuestro episodio nos invita a una interpretación correcta de este sueño: los discípulos que *dudan* al principio solo ven lo que es visible y permanecen ciegos, y luego vacilantes, ante la autoridad invisible de Cristo. El lector *creyente*, por el contrario, debe ser consciente del poder del Señor a pesar de su ausencia. La duda ve y vacila, la fe se mantiene firme aun sin ver. Así pues, Jesús se parece a un navegante imprudente que duerme en vez de vigilar, que zarpa cuando debería haberse quedado en el puerto. La barca se llena de agua y todos sus ocupantes se ven en peligro. El sentimiento de impotencia que invade a los discípulos se apodera también de los primeros cristianos que se sienten abandonados de Dios y de Cristo en las tempestades del mundo.

En el v. 24 tres verbos nos describen una sola acción de los discípulos. Buscan refugio al lado del Señor: para ello se le acercan, lo despiertan y lo llaman; se evocan así los tres momentos de la oración: acercase a Dios, invocarle y exponerle nuestra debilidad. La oración misma de los discípulos (v. 24b) es muy escueta: un vocativo, seguido de un verbo que indica la situación dramática. *Epistatês* significa «el que preside», «el jefe». Lo que aquí destacan los discípulos no es ya (como Marcos) la capacidad pedagógica del maestro, sino la autoridad y la eficacia del patrón. El contraste entre este título («jefe») y la situación («estamos perdidos») expresa la esperanza cristiana. El *epistatês* ya no duerme («una vez despierto»). Ahora, los discípulos experimentan su autoridad y su poder sobre los elementos que le obedecen. Su palabra rompe la coalición de los vientos y del agua. Lo que sigue no es la inmovilidad de la muerte, sino la calma de la paz.

En el v. 25, ¡los discípulos no se duermen, una vez encontrada la calma! El Mesías que salva y que exige los mantiene despiertos con una pregunta: ¿Dónde vuestra fe?; esta oración nominal -sin verbo- ensancha la perspectiva: no ya: ¿dónde *estaba* vuestra fe?, o ¿dónde *está* vuestra fe?, sino, en todo tiempo: ¿dónde vuestra fe? La esperanza del Mesías lucano es «encontrar fe en la tierra» (18,8), cuando su parusía.

La reacción de los discípulos no es ética, sino cristológica. Frente al poder del «jefe», embargados de un sentimiento mitad de temor y mitad de admiración, se plantean *la cuestión de la identidad de Jesús*. Por las Escrituras saben que solo Dios puede pronunciar una palabra tan operante (Sal 103[104],6-7; Nah 1,4). Por tanto, se hacen preguntas. Se prepara así la pregunta de Herodes Antipas (9,9) y la discusión sobre el Mesías (9,18-22). Los lectores, por su parte, saben ya desde el episodio del centurión de Cafarnaún (7,7-8) que *la fe cristiana consiste en la confianza* puesta en el Mesías que ordena. Aquí se amplía el alcance del poder de este Mesías. El Señor de la Iglesia es incluso el Señor del cosmos.